
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON



EL CAPITAN AZUL.

Drama en tres actos, escrito en francés por Mr. Pablo Locher, *y traducido libremente por* D. Antonio Maria de Ojeda, *representado con aplauso en el teatro del Príncipe, el año de* 1840.

(SEGUNDA EDICION.)

INTERLOCUTORES.	ACTORES.
El Almirante.	*D. J. P. Pló.*
El Marques de Andreville.	*D P. Sobrado.*
El Conde de Soubray y	*D. J. Diez.*
El Vizconde de Beaugency, *guardias del pabellon.*	*D. M. Garcia.*
Enrique de Marsay. . .	*D. F. Romea.*
Cedric, *capitan de navio.*	*D. J. Romea.*
Mariana, *su muger*. . . .	*Doña M. Diez.*
Angelica, *niña de cinco años, su hija*.	
Gervasia, *antigua criada de Cedric*.	*Doña M. Córdova.*
Miguel y	*D. M. Fernandez.*
Juan, *aldeanos*.	*D. J. Castañon.*
Marcelo, *tabernero*. . .	*D. A. Saavedra.*
Un Comisario de la Convencion.	*D. L. Perez.*
Un Soldado.	*D. V. Santa Coloma.*

Marineros, Soldados, Aldeanos y Pueblo.

La escena es en Brest; los dos primeros actos en 1785, y el tercero en 1792.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una aldea cerca de Brest. A la derecha una taberna, sobre cuya puerta se lee en una gran muestra: «Para los guardias del pabellon.» Algunas mesas y bancos: á la izquierda la casa del capitan: al fondo el mar.

ESCENA PRIMERA.

Gervasia, Juan, varios aldeanos.

(La tempestad se halla en toda su fuerza. Todos están de rodillas delante del tosco busto de una Virgen colocado á la izquierda del teatro.*)*

Ger. Virgen Maria! Protegednos... Salvad á mi pobre Luis que está en el mar; aplacad el furor de la tempestad, y compadeceos de mis pobres hijos, que quedarian huérfanos.

Juan. Escuchad nuestras súplicas, Dios mio: mi anciano padre ha ido hoy al mar por la última vez. Tened compasion de él! No le dejeis morir lejos de nosotros!.. Puedan sus hijos acompañarle en sus últimos momentos!..

(Continuan en sus súplicas, y la tempestad embravecida. Mariana sale de su casa, trayendo de la mano á su hija.)

Ger. (*reparando en ella.*) Ah! la señora!

Mar. La tempestad no cede, y el navio de Cedric no se divisa aun... Estais inquietos por vuestros maridos, por vuestros hermanos, que son en este momento el juguete de las olas. Suplicad por ellos, es muy justo; pero no olvideis en vuestras oraciones á Carlos Cedric, que ha sido tan bueno para vosotros, á Carlos Cedric honor del pueblo breton, á Carlos Cedric, mi esposo!...

Ger. Ah! señora! seria un duelo general en todo el pais, si sucediese la menor desgracia á nuestro buen señor, tan terrible para nuestros enemigos, tan bondadoso para nosotros... Pero no hay nada que temer. El navio en que se halla resistirá bien á la tempestad, mientras que las miserables barcas de nuestros pobres pescadores, pueden ser confundidas por el mas ligero golpe de mar... Infelices!

Mar. Tienes razon; pero no por eso es menor mi inquietud. Dura tanto esta borrasca!

ESCENA II.

Los mismos, y Miguel, que llega con una botella en la mano. Pocos instantes despues aparece Enrique de Marsay envuelto en una capa, atraviesa lentamente la escena, y se detiene en el fondo como escuchando.

Mig. Señora, señora! Una botella de aviso que el mar acaba de dejar en la orilla: tiene el sello del capitan que he reconocido al instante.

Mar. Si, es de mi marido, serán noticias suyas. (*rompe la botella y saca un papel que estaba dentro; leyendo.*) «A bordo del Prometeo, á las seis de la noche, 12 de setiembre de 1785 .. (*alto.*) Es de ayer. (*leyendo.*) »Estamos á la vista de nuestras costas, pero maltratado el navio por los combates que hemos sostenido con los ingleses, no podrá resistir á la tempestad mas de veinte y cuatro horas. Si el temporal continua, no hay esperanza de salvacion. Rogad por nosotros, y decid adios á Mariana y á mi Angélica... Acaso no las veré mas... Carlos Cedric.»

Ger. Gran Dios!

Mar. Veinte y cuatro horas! Dios mio! Casi van á cumplirse. . y la tempestad sigue, y el viento mas terrible que nunca! Ah! es perdido, sin remedio es perdido!

Enr. (Qué oigo! Viuda tal vez... gran Dios, perdonad mi alegria.) (*desaparece.*)

Ger. Pobre señor!

Mig. Y no poderle socorrer!

Mar. Ah! qué esperanza! Amigos mios, invocad conmigo los socorros del cielo. Mi Angélica unirá tambien sus inocentes súplicas, y Dios la oirá, porque son de un angel! Ven, hija querida, arrodillate, junta tus manos, y pide á la Virgen por tu desgraciado padre!

(Todos se arrodillan: pero en el momento que van á principiar la oracion, se oyen gritos y risotadas en la taberna.)

Pero qué es esto? Quién se atreve á entregarse á la alegria cuando la muerte amenaza á nuestros hermanos?

Mig. Quién ha de ser? No hay que preguntarlo: los guardias del Pabellon que han pasado la noche en la taberna, y aun continuan en su francachela.

Mar. Ah! qué infamia! En medio de los peligros que nos amenazan!.. No contentos con perseguirnos en nuestras fiestas, nos insultan en nuestra desgracia.

Mig. Qué! si no respetan nada esos bribones. No quisiera mas que poder atrapar uno, que yo le quitaria las ganas de cantar.

Mar. Pero no me engaño. Las nubes empiezan á disiparse, y el viento ha cambiado. ... El temporal va á ceder .. Si, ved el sol que ilumina la cima de aquellas montañas. Alegrémonos, amigos mios, aun hay esperanza! Ah! La súplica de mi Angélica ha sido atendida! El cielo oyó las oraciones de una inocente, que rogaba por su padre.

Juan. Si, si. Pero, ay! señora Gervasia, mirad á vuestro Luis que vuelve ya .. y otra barca.. y otra... ¡Ah! es mi padre! Qué alegria!

Mig Y nuestra Virgen es quien ha hecho esto. Cuando yo digo que es la mejor de todo el pais ..

(Se ven llegar algunas barcas; los pescadores llenos de alegria saltan en tierra y abrazan á sus familias.)

Mar. Gervasia, por esta vez creo que ha cesado el peligro, y volveremos á ver al capitan. Voy al almirantazgo á saber algunas noticias. En el entretanto vé á casa de mi platero, y dile que componga esta caja que Angélica habia roto jugando. Ya sabes en cuanto estimo esta alhaja. Adios.

(Vase por la izquierda, Gervasia conduce á Angélica á su casa, y vuelve. Continuan los cánticos y algazara en la taberna.)

ESCENA III.

Los mismos, escepto Mariana y Angelica.

Mig. Y continuan cantando! Que no se ahogáran!

Ger. Por qué Dios, que nos ha librado de la tempestad, no nos libertará tambien de esta canalla?

Mig. En verdad que es imposible molestar mas á un pueblo que ellos nos molestan. Nunca encuentro á uno que no me derribe el sombrero; nada hay sagrado para ellos.

Juan. Ya se vé Porque son nobles y sirven en la marina real, creen que todo les está permitido! Orgullosos! Han tomado el nombre de guardias del Pabellon, y llaman á nuestros valientes marinos oficiales azules... pues tal vez los azules que desprecian, les enseñarán algun dia que valen mas que ellos.

Ger Antes de anoche, cuando acompañábamos al teatro á la señora y á Angélica, dos que estaban á la puerta con sus sables desenvainados, nos prohibieron entrar.

Mig Y por qué?

Ger. Porque no quisieron; no hubo otra razon.

Mig. Por las noches se divierten en cambiar todas las muestras de las tiendas, de modo que por la mañana es una confusion, porque entra uno á afeitarse en casa de un pastelero, y se pregunta por una comadre en una academia de señoritas.

Ger. Qué? Y aun son mas pesadas sus burlas. Os olvidais de aquel capitan, que amenazó á sus acreedores de espatriarlos ó arrojarlos al mar, si no le devolvian sus recibos? Y la muchacha que han robado en la calle de los siete santos?

Mig. Si, pero el Almirante les obligó á devolverla.

Ger. Es verdad, pero se ha vuelto loca.

Todos Loca!

Ger. Si, hijos mios, loca.

Juan. Toma, y lo mismo puede suceder á nuestras mugeres, ó á nuestras hermanas, ó á nuestras hijas.

Mig. Y á nosotros mismos, porque ellos no respetan ni sexo, ni edad, ni nada.

Juan. Y no hay justicia que nos defienda?

Ger. Si estuviese aqui el capitan Cedric!

Mig. Ah! si estuviese, oficial azul como es, ya les haria tener un poco de respeto á los señores de los uniformes encarnados.

Ger. Ya querrá Dios que vuelva pronto... pero Jesus qué cabeza la mia! Con vuestra conversacion me olvidaba de esta caja, que me ha mandado la señora llevar á componer.

MIG. Aun teneis tiempo. Y decidnos, señora Gervasia, ¿por qué la señora estima tanto esa caja?
GER. Ah! es un secreto.
MIG. Un secreto! Pues decidlo.
GER. No es posible!
MIG. Oh! y muy importante que debe ser! Porque esta caja la he visto yo muchas veces en manos de la señorita Angélica, y no tiene nada de particular: es solo de concha, muy sencilla, y las hay mucho mas bonitas en cualquiera tienda.
GER. Todo eso es muy cierto; pero es seguro que no se encontrará ninguna como esta.
MIG. Pues por qué? Decidlo.
TODOS. Si, si, decidlo.
GER. Bien, pues lo diré; pero prometedme no contarlo á nadie.
MIG. No, á nadie.
GER. Pues habeis de saber, que esta caja fué bendecida por un santo ermitaño, y despues de haber librado de todos los peligros que corrió en su vida de marino al padre del capitan, se la dejó á este su madre, encargándole que nunca dejase de llevarla; pues está probada su especial virtud para esto de peligros y combates. Pero el capitan, luego que murió su madre, no quiso traerla mas, y se la dió á la señora; porque decia, y decia bien; si la caja no tiene la virtud que se le atribuye, es inútil que yo la lleve, y si la tiene, no quiero que el capitan Cedric esté menos espuesto que sus compañeros. La señora, que cree firmemente en lo milagroso de ella, se empeñó en que la llevase en sus correrias, pero él se obstinó en no hacerlo, y esto fué causa de un gran disgusto entre ellos, que ha sido el único que han tenido en toda su vida. Por cuya razon el capitan ha prohibido que vuelvan á ponerle delante la dichosa caja. Con que ya sabeis tanto como yo.
MIG. Pues, señora Gervasia, os aseguro que si fuese mia siquiera por una hora, me iba inmediatamente á desafiar á esos malditos guardias del Pabellon.
JUAN. Tú? A que no te atreves?
MIG. No me atrevo... porque la caja no será buena. Pero á que me bebo una copa de vino delante de todos?
JUAN. Vamos á ver.
MIG. (*llamando en una de las mesas.*) Mozo! mozo!
GER. Qué haces, Miguel? Mira que es la taberna de los guardias del Pabellon.
MIG. Pues por lo mismo. Mozo, mozo! (*llamando*)
MIG. (*leyendo un cartel fijado en la puerta.*) Veamos. «Ningun paisano se atreverá á entrar en la taberna ni pararse á su puerta, mientras esté ocupada por los guardias del Pabellon.»
JUAN. Qué picardia!
MIG. No, pues yo no sufro este nuevo insulto, y esta vez, he dicho que quiero beber, y beberé. Mozo, mozo! (*llamando mas fuerte.*)
GER. Con que quieres que te apaleen?
MIG. Lo veremos. Mozo!

ESCENA IV.

Los mismos, ANDREVILLE, *con una servilleta al hombro y un par de pistolas.*

AND. Qué es lo que quereis?
MIG. (*asustado.*) Nada... yo creia...
AND. Vamos, escojed.
MIG. Perdonadme, si es que...
AND. Preferis la espada?
MIG. Perdonadme .... llamaba al mozo solamente.
AND. Pues yo soy. Pedid lo que querais, que os aseguro que os serviré bien.
MIG. Muchas gracias, muchas gracias, no quiero nada.
AND. No, pues ya que habeis llamado, es preciso que tomeis algo, ó al menos alguno de vuestros compañeros. Con que vamos, cuál de vosotros quiere beber? (*adelantándose hácia ellos.*)
JUAN. (*agrupándose en el fondo con los demas.*) No señor, ninguno. (Lo mejor es irse.)
AND. Con que ha sido una burla? Pues os aseguro que el que no beba... (*montando una pistola.*)
MIG. Escapemos. (*se retiran huyendo.*)
AND. (*riendo.* Ja, ja, ja!

ESCENA V.

ANDREVILLE, BEAUGENCY, GUARDIAS DEL PABELLON. *Despues* SOUVRAY.

BEAU. Qué es esto? Qué hay?
AND. Nada, no vale la pena, una vagatela.
BEAU. Pero qué era?
AND. Unos cuantos paisanos, á quienes he querido hacer el obsequio de que bebiesen; y que han tenido la groseria de dejarme sin haber querido hacerme la razon. Pero ya tenemos aquí á Souvray, que fué á tomar órdenes del Almirante. Y bien, Souvray, qué tenemos?
SOU. Mañana partimos; vamos á cruzar las costas de Inglaterra.
AND. Me alegro, porque ya estaba cansado de esta vida monótona. Ocho dias en tierra! Ocho dias sin ver mas agua que la de las fuentes! Esto es poco divertido. Porque aquí, ya lo sabeis, no tenemos otro entretenimiento que el que nos ofrecen esas pobres gentes de quienes nos burlamos frecuentemente; abordo, es otra cosa. Allí todo es actividad, todo alegria, todo diversion. Convengamos, señores, en que la vida de marino... Pero qué veo? No es aquel Enrique de Marsay nuestro antiguo compañero de colegio?
SOU. Si, el mismo, no hay duda.

ESCENA VI.

Los mismos, ENRIQUE.

ENR. Andreville!
AND. Querido Enrique! (*abrazándolo.*) Qué placer tengo en volverte á ver!... Pero por qué casualidad?...
ENR. No es casualidad, amigo mio; he venido espresamente.
AND. En efecto, recuerdo que tenias aficion á la

marina, y aun que pensabas hacer algunos estudios; ¿serás de los nuestros?

Enr. Tal vez.

And. Oh! cuánto me alegro! Señores, os presento al conde Enrique de Marsay, mi amigo y nuestro compañero.

Enr. El último título ciertamente me honraria mucho, pero no sé si podré usarlo.

And. Y por qué?

Enr. Mi familia, á la verdad, me ha alcanzado del ministro un despacho de guardia, pero no depende enteramente de mi el aceptar ó no. El éxito de un negocio que me ha traido á Brest, debe decidirme.

And. Nada, nada; es preciso aceptar. Si vieras qué vida tan alegre pasamos! Guardias del Pabellon! Precioso título! Mira, un guardia del Pabellon es el coquito de las damas, el terror de los maridos, y la gloria de toda la armada. En tierra, aqui como en todas partes, un guardia es tan señor como el Almirante cuando estamos á bordo. Tiene uno queridas y las engaña; contrae deudas y no las paga, y se burla á cara descubierta de todo el que se le antoja.

Enr. Pero semejante vida te podrá convenir á ti, que siempre has tenido muy buen humor, en cuanto á mi...

And. En efecto; me parece que estás triste. Qué tienes? Estás enamorado?

Enr. Enamorado!

And. Las señas son mortales. No es verdad, señores, que tiene todos los accidentes de un enamorado?

Enr. Pues te aseguro...

And. No lo niegues, hombre; no tengas vergüenza, aqui todos lo estamos.

Enr. Todos! Tú tambien, Andreville? Pues y tu muger?

And. No he vuelto á saber de ella. Desde que no nos vemos, me han sucedido aventuras bien estraordinarias. Obligado por mi familia á casarme con una muger á quien no amaba, y á quien veia por la primera vez, conocimos bien pronto la amargura de nuestra situacion; asi es, que de comun acuerdo consentimos en separarnos, retirándose ella á un convento, y entrando yo en los guardias del Pabellon. Tú serás tambien de los nuestros, no es verdad?

Enr. Y no has vuelto á saber...

And. Todos los meses, por medio de mis acreedores, la envio algunas letras de cambio, pagaderas á la vista; y así nos comunicamos..... Pero confianza por confianza: háblame de tus amores.

Enr. Te aseguro que no tengo nada que decirte.

And. Bien, bien; ya te haremos confesar. Hablemos de otra cosa. Con que sabes que tenemos orden de embarcarnos esta noche? Y segun nuestra antigua costumbre, debemos correr la última broma; pero una broma en grande. Nos acompañarás, por supuesto?

Enr. No, amigo, no me es posible. Gracias.

And. Cómo! Eso seria faltar al primer deber de un guardia del Pabellon: no puedes escusarte; es preciso que vengas.

Enr. No me es posible, Andreville, creeme. Lo siento infinito. Y en cuanto á estos señores, yo les suplico que se sirvan disimularme.

Sol. Si, si, dejadlo. No seamos importunos.

And. Pues señor, independencia. Cada uno que haga su gusto. Dejemos á este señor enamorado suspirar solo, y bebamos nosotros en el entretanto. Adios, Enrique. (*vanse.*)

ESCENA VII.

Enrique, *solo*.

Cuanto deseaba que se alejasen! Mariana debe volver de un momento á otro, y yo necesito hablarla. Qué me dirá, Dios mio! cuando á pesar de su prohibicion me encuentre aqui! Pero ah! aunque sea preciso sufrir su cólera, su desprecio, quiero verla, quiero hablarla por la última vez... Mariana! Mariana!.... Cielos! una muger se dirige hácia aqui... es ella. . Tiemblo como un niño!

ESCENA VIII.

Enrique, Mariana.

Mar. Gracias al cielo! Me han asegurado en el Almirantazgo, que el buque que se ha dejado ver en el horizonte, no puede ser otro que el navio de Cedric. Corro á abrazar á mi hija.... Pero, cielos! (*reparando en Enrique.*) Podrá ser tal vez?.. Señor de Marsay...

Enr. Señora, yo soy.

Mar. Y á pesar de mi prohibicion?

Enr. Si, señora, á pesar de todo, porque esa prohibicion no la habia yo merecido. Cuál era mi crimen?

Mar. Pero cuál es vuestro objeto? Qué quereis? No he desvanecido bastante todas vuestras locas esperanzas?

Enr. Mi objeto! lo ignoro. Mis esperanzas? Ningunas! Pero yo tenia necesidad de vivir, y lejos de vos, veia consumirse lentamente mi existencia. Aqui delante de vos sufro tambien..... moriré quizás.... pero os veo al menos.

Mar. Ah! ya comprendo. No habreis querido sufrir solo? Os ha consolado la idea de ver sufrir tambien á una muger?

Enr. No, no, perdonadme! Haceros yo sufrir? Turbar vuestro reposo? Imposible! Pero permitidme al menos que os vea, que respire el mismo aire, que pise el mismo suelo.

Mar. No señor, no puedo permitirlo, porque ni quiero, ni debo alimentar una pasion que nos haria muy desgraciados. Y porque, aunque me decidiese á permitirlo, confiada en la seguridad de mi conciencia, no me es posible olvidar un precepto de mi marido, que debo respetar siempre. Sabia él vuestras pretensiones antes de nuestro matrimonio; sabia que el motivo de no habernos unido, fué la terrible oposicion de vuestra familia por lo humilde de mi nacimiento; y sabia tambien que en mi último viaje á Paris me buscabais por todas partes.

Enr. (*con viveza.*) Pues qué, me espiaba?

Mar. (*con dignidad.*) Oh, no! Cedric no ha sospechado nunca de la madre de su hija. Mariana, me dijo; tengo tanta confianza en tu honor como en el de mi madre; pero perdóname una especie de debilidad que me inquieta. La com-

paracion, aunque involuntaria, que puedes hacer entre un joven elegante, noble, y acompañado de las brillantes maneras que dá el trato del gran mundo, conmigo, viejo ya para ti, de oscura familia, y pobre marino nada mas, no puedo pensarlo con tranquilidad. Si es cierto que me amas, si es cierto que has renunciado con gusto á las seducciones de esa sociedad á que te sentias tan inclinada..... no vuelvas á ver á ese hombre, yo te lo suplico No dudo de tu virtud, no dudo de tu amor..... pero dudo de mi mismo.

ENR. Y me condenais á una desesperacion eterna, mas terrible que la muerte, por satisfacer á tan injusta exigencia?

MAR. Injusta! Decis bien. Porque él no ha debido temer nunca semejante comparacion. Es cierto que no es hermoso, que no es joven, que no es mas que un pobre marino... pero para mi es el defensor mas heróico, y el esclavo mas obediente. El, á quien no arredra ningun peligro, tiembla de causarme el menor disgusto, y se estremece á la vista de una de mis lágrimas. Seria capaz de sacrificarme, no digo su vida, que la espone todos los dias por su patria, sino hasta su nombre y su gloria. Y quereis que me atreva á alimentar un solo pensamiento que pudiera ofenderle? Ah, nunca! Cómo podria despues abrazar á mi hija! Ah! señor de Marsay, dejadme por favor, dejadme; demasiadas inquietudes padezco ya por haberos escuchado tanto tiempo! Si esta entrevista se prolongase, tendria remordimientos crueles, dejadme os repito.

ENR Ah! lo conozco. Debiera haber permanecido lejos de vos. Una cruel fatalidad me ha traido sin duda aqui, para oir de vuestra boca los elogios del hombre que mas detesto sobre la tierra... Pero si supieseis lo que sufro cuando pienso que hubiérais podido ser mia, que sin los resentimientos que os produjo la oposicion de mi familia, de quien creisteis ser despreciada por la desigualdad de fortunas... Ah! no sabeis, no podeis comprender los tormentos que despedazan mi alma! Ay! por piedad, no me hableis de ese modo, tened compasion de mi, concededme algunas lágrimas en cambio siquiera de las que en este fatal momento inundan mis ojos y queman mis megillas, y sofocan mi voz, y me devoran el alma! Si, compadecedme por Dios, porque... soy muy desgraciado!

MAR. (No sé que decir, Dios mio; este hombre... no puedo verlo sufrir!) Perdonadme, señor de Marsay, si os he parecido demasiado cruel, pero considerad que es preciso que nos separemos, vuestro interés y el mio, lo exijen..... Creedme.

ENR. Si, teneis razon: un hombre nacido para arrostrar la muerte, no debe sucumbir delante del dolor Oh! el dolor yo puedo desafiarle, porque anhelo morir... porque en breve moriré! Aceptaré el despacho de guardia marina, partiré con mis compañeros, á combatir las escuadras inglesas, y pronto tal vez...

MAR. Ah! por piedad! No despedaceis mas mi corazon. Dudais que á serme posible, no dulcificaria yo vuestros sufrimientos? Por qué renunciar al brillante porvenir que os esperaba en Versalles? Vivid al menos para vuestra familia! Y si os obstinais en abrazar el partido que me habeis comunicado, hacedlo con un objeto noble, digno de vos! Combatid para vuestra gloria.

ENR. La gloria! Y qué es la gloria sin vos? Nada, Mariana, nada, un vano fantasma que se disipa como el humo... Si al menos me acompañase en mis travesias algun recuerdo de vuestra amistad, ó de vuestra compasion! No volveré mas á veros, os lo aseguro; pero en cambio de este sacrificio, concededme alguna memoria sobre la cual puedan imprimir mis labios mi último suspiro.

MAR. Pero qué quereis? Qué puedo yo daros, señor de Marsay? No, no, os lo repito; olvidadme, y alejaos. (No puedo contener mis lágrimas.)

ENR. Ah! señora, por la última vez os lo suplico, no me rehuseis esta gracia. Juzgais un crimen tambien conceder una memoria al que os sacrifica su vida?

MAR. Silencio, señor, silencio! Alguien viene.

ESCENA IX.

Los mismos, GERVASIA.

GER. Señora, aqui teneis vuestra caja ya compuesta, que me ha devuelto el platero.

MAR. Bien, Gervasia, bien, vuélvete con mi hija. (*vase Gervasia.*)

ESCENA X.

MARIANA, ENRIQUE.

ENR. (*despues de un momento de silencio.*) Con que nada me respondeis, señora?.... nada? Pues bien .. adios! Dentro de una hora estaré á bordo, mañana en alta mar, y ocho dias despues... (*se aleja lentamente.*)

MAR. Se aleja! No sé qué hacer .. pero esta caja que Cedric no quiere que le presenten, y que podria salvar á este desgraciado... (*llamando.*) Señor de Marsay!

ENR. Señora!

MAR. Escuchad. Vais á correr grandes peligros... no es cierto? Pues bien, dicen que esta caja, bendecida por un santo sacerdote, tiene una virtud especial para preservar, al que la lleva, de una muerte violenta... Tomad... y guardadla en memoria de mi amistad.

ENR. (*con la mayor alegria.*) Qué decis? Esta caja, esta caja que han tocado vuestras manos es para mi? Será posible? Ah! no es un sacerdote quien la ha bendecido, es vuestro aliento quien ha hecho de ella un precioso talisman... Qué buena sois, Mariana! Ah! toda la felicidad que yo puedo esperar sobre la tierra, todas mis ilusiones estarán aqui, en esta memoria vuestra... (*besándola con trasporte.*)

MAR. Dios mio! Qué es lo que he hecho? Yo no debia..

ENR. Qué! Estais arrepentida?

MAR. No, pero vuestro frenesí me asusta. Acaso algun remordimiento... ah! prometedme que la ocultareis á todo el mundo, que á nadie lo direis?

ENR. Y podeis dudarlo?

MAR. La seguridad de que no he de volver á ve-

ros, ha podido decidirme á este sacrificio... Enrique!

ENR. Ah! Me habeis llamado Enrique? Es la primera vez...

MAR. Y la última... A Dios, señor de Marsay. La esposa del capitan Cedric dirigirá súplicas al cielo por vuestra tranquilidad... y por vuestra gloria... Adios... no, no me sigais... Adios... Adios para siempre. (*vase precipitadamente.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE *solo, dando algunos pasos para seguirla.*

Mariana! ah! Desgraciado! ya no la veré mas... Prenda preciosa de la muger que únicamente adoro, ven á reposar sobre este corazon que llena enteramente; aqui estarás siempre, hasta que en medio de esos peligros que ahora voy á arrostrar, encuentre el fin de tanto padecer. (*se oyen gritos y risas en la taberna.*) Pero me parece que vuelven Andreville y sus amigos .. Evitemos que me vean. Se burlarian de mi dolor.

ESCENA XII.

ANDREVILLE, BEAUGENCY, SOUVRAY, *algunos* GUARDIAS. (*va oscureciendo.*)

AND. Nada, señores; esto no puede acabar asi, nos falta el ponche de despedida.

SOU. Tienes razon Volvamos.

AND. Al contrario, quedémonos. Mandaré que nos le sirvan aqui, al aire libre; es mas saludable, y refrescará mas nuestras cabezas. (*llamando.*) Marcelo, aqui.

(Marcelo trae el ponche; lo pone sobre una de las mesas, y todos se sientan.)

SOU. Perfectamente.

AND. Qué tal! Convengamos en que tengo talento No podia haberse elegido un sitio mas á propósito para beber ponche. Desde aqui vemos ocultarse el sol, y vemos tambien la mamajestuosa llegada de algun buque que pueda dirigirse á estas costas.

SOU. Precisamente se espera el navío de ese capitan azul, Carlos Cedric.

AND. Ah! si, de ese capitan á quien quitaron la comandancia de una de las fragatas del Estado, porque los jóvenes de la nobleza se negaron á servir á sus órdenes.

SOU. Y cómo se ha armado despues?

AND. Porque los señores comerciantes resentidos de una medida tan prudente, mandaron construir y armar á su costa el Prometeo, y le dieron su mando.

SOU Dicen que se bate bien?

AND. Si, es un valiente; pero es porque hasta ahora no se las ha habido sino con marineros como él. Yo te aseguro que si alguna vez fuésemos contrarios... ya le probaria yo que no soy de los ingleses que hasta ahora ha logrado vencer.

BEAU. Pero lo mas admirable es, el respeto que inspira al pueblo; tienen por él una especie de idolatria. Y no dudo yo que si estallase algun movimiento popular en Brest, y se pusiese á la cabeza, seria dificil sofocarlo.

SOU. Y que es muy posible que suceda, porque las doctrinas que hace tiempo cunden entre el populacho, van inclinando los ánimos á una revolucion que hará conmover al Estado. A mi me parece...

AND. Lo que á mi me parece es, que dejemos la politica, y nos ocupemos de cosas mas sérias. Conque vamos, una copa (*beben.*)

MAR. (*asomada al balcon.*) Me parece que á lo lejos... alli... sobre aquella parte del mar... no puedo distinguir bien. Esta oscuridad que se vá aumentando .. Pero no, me engañaba, son algunas nubes agrupadas en el horizonte. Qué impaciencia, Dios mio! (*se entra.*)

SOU. Acabarás de esplicarte?

AND. Poco necesita de esplicaciones. Se me ha puesto en la cabeza llevar una muger á bordo, y la primera que vea pasar por aqui, la robo.

TODOS. Robarla!

SOU. Estás en tu juicio? Te atreverias...

AND. Qué quieres apostar?

SOU. En cuanto á eso, nada, porque me pagarias como á tus acreedores. Pero me ocurre un medio. Uno de los dos debe mandar el primer abordage; ceda el que pierda sus derechos al otro.

AND. Convenido. Venga esa mano, y bebamos juntos.

MAR. (*saliendo al balcon.*) Gran Dios! Esta vez no me equivoco. Si, este gran buque que se acerca por alli es su navío, no tengo duda. Ah! corramos á abrazarle. (*se entra.*)

AND. (*levantándose todos.*) No hay remedio, señores, la primera muger que vea, la robo.

SOU. Aunque sea vieja?

AND. Aunque sea vieja y fea... (*mirando adentro.*) Silencio, alli tenemos una... Quietos, señores, quietos, dejadme á mi. (*quiere irse y le detienen.*)

SOU. Andreville, no seas loco, nos vas á comprometer. El ponche te se ha subido á la cabeza y...

AND Déjate de sermones. . Muchachos, seguidme. (*vase.*)

TODOS. Si, si. (*le siguen.*)

MAR. (*dentro.*) Socorro! socorro! dejadme infames! Cedric, Cedric, socorro.

OFICIALES. (*dentro.*) A bordo, á bordo.

ESCENA XIII.

GERVASIA, MIGUEL.

GER. Estas voces, Dios mio! Mi pobre señora!.... Una muger que conducen en aquella barca.. no hay duda: ella es. Jesus! qué desgracia!

MIG. Qué ha sucedido?

GER. Han robado á la señora.

MIG. Quién?

GER. Quién ha de ser?... Los guardias del Pabellon.

MIG Es posible? Y en el momento que venia á anunciarla la llegada de su marido?

GER. Su marido?

MIG. Si señora, mirad hácia este lado. Aquella barca que se aproxima es la del capitan.

GER. Ay! el cielo lo envia... pero no verán con la oscuridad... Capitan, capitan, por aqui.

(Agitando un pañuelo y llamándolo. Se deja ver una barca en que viene Cedric, y algunos marineros: Cedric desembarca el primero.)

ESCENA XIV.

GERVASIA, MIGUEL, CEDRIC y MARINEROS.

MIG. Capitan! ha sido robada...
CED. Quién?
MIG. Vuestra muger.
CED. Mariana! Y por quién?
MIG. Por los guardias del Pabellon.
CED. Infames! Y hácia dónde?
MIG. A bordo del Almirante.
CED. Compañeros! habia creido terminados nuestros combates; pero han robado la muger de vuestro capitan: consentireis sin vengar semejante afrenta?
TODOS. No, no.
CED. O nuestros enemigos, ó nosotros pereceremos.
TODOS. Si, si.
CED. Un corsario mas que combatir; y venceremos, compañeros, porque defendemos la gloria de nuestras armas y el honor de nuestras familias.. Al mar, compañeros, al mar.
TODOS. Al mar, al mar. (*se precipitan á la barca: cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la cámara de oficiales en el navío Almirante. Una mesa con escribanía, sillas, una bocina, y algunos otros muebles propios de un buque de guerra. Al fondo dos ventanas que dan al mar.

ESCENA PRIMERA.

SOUBRAY, BEAUGENCY, ANDREVILLE, *otros* GUARDIAS, ENRIQUE.

(*Aparecen recostados sobre la masa y sillas como descansando. Se oye el tambor tocar llamada, y en el momento despiertan algunos, y entra Enrique.*)

ENR. El relevo, señores, el relevo; despertad.
TODOS. Si, el relevo, vamos.
SOU. (*á dos oficiales.*) A vosotros os toca. (*salen.*)
BEAU. (*á Enrique.*) Cuánto sentí, mi querido conde, que no asistieseis anoche á nuestra última broma! Estuvo deliciosa. Pero este Andreville aun continua durmiendo...
SOU. Pues es preciso despertarle; el Almirante puede venir de un momento á otro... (*llamándole.*) Andreville! . Andreville!
AND. (*despertando.*) Qué quereis? Dejadme, no he concluido ya mi guardia?
SOU. Si, si, no es mala guardia la que tú has concluido.
AND. Qué majaderia! Pero calla, dónde estoy? Ah! ya, en nuestro navío: estaba trastornado; pero ya me acuerdo. Anoche principiamos á cenar en tierra, y vinimos á concluir aquí. Cómo nos hemos divertido!... Me acuerdo que brindamos por nuestros parientes y amigos que en el último combate fueron hechos prisioneros por los ingleses .. Pero tú no estuviste con nosotros, Enrique?
ENR. No; me fué preciso quedarme en la ciudad á causa del mal tiempo, y hasta esta mañana no he venido á bordo.
AND. Figúrate que fue lo mas divertido... Apostamos Souvray y yo .. pero ¡calla! y la hermosa prisionera?
ENR. Pues qué, habeis robado alguna muger?
AND. Si, chico, pero con todas las consideraciones debidas á su sexo: con toda la política que nos caracteriza. Y la tenemos aquí.
ENR. Y cómo os atrevisteis? Quereis repetir el ejemplo de aquella desgraciada que se volvió loca?
AND. Qué! Una golondrina no hace verano. Pero si tú no has tomado parte, qué cuidado te dá?
ENR. Porque la nota que va á caer sobre el cuerpo á que pertenezco, me comprende igualmente; porque vosotros no podreis relevarme de ella; pero por eso me creo autorizado para reprenderos por vuestra conducta.
AND. Y tú has entrado en la marina como predicador, ó como oficial?
ENR. Yo he entrado en la marina para compartir con vosotros los peligros, para contribuir en cuanto me sea posible á la gloria de este cuerpo, que tratais de desacreditar, no para asociarme á semejantes escesos. Y si no pensais cambiar de conducta, si no guardais toda esa osadia para enemigos mas dignos, yo arrojaré este uniforme manchado con la vergüenza y la deprabacion. Y ademas, señores, yo conozco á las gentes á quienes despreciais... No abuseis de su sufrimiento, porque á la verdad, mejor les seria que les trataseis como ingleses que como conciudadanos. Y guardaos de exasperarlos, son mas en número, y defienden mejor causa.
SOU. Señor de Marsay! tomais un tono...
AND. Déjale, déjale, Souvray. Enrique es aun novicio, y debemos ser indulgente con la inocencia y la juventud Dentro de ocho dias pensará de otro modo. Y en cuanto ahora, voy á desarmar su noble indignacion .. La muger que hemos robado, señor Enrique, es una virtud; pero una virtud á prueba de guardias marinas, que es cuanto hay que decir. Todos nuestros esfuerzos para agradarla han sido inútiles, y como nuestra educacion no nos permite recurrir á otros medios... puedes estar enteramente tranquilo; tu interesante desconocida será devuelta á su marido, sin novedad.
ENR. Su marido! Con que es casada?
AND. Por supuesto. No sabes tú mis principios? Es nada menos que la muger de un oficial azul.
ENR. De un oficial azul?
AND. Si, y que por poco no se halla presente cuando la robamos. Nos persiguió despues toda la noche, pero como sin duda por el mal tiempo no pudo dar con nosotros, vendrá hoy á reclamarla; conque estamos resueltos á devolvérsela.
ENR. Y por qué esperar á que venga para hacerlo?
AND. Porque á no ser asi, creeria que nos habian intimidado las amenazas de su muger, y esto no nos hace honor. Nosotros, si se quiere, podemos haber hecho mal, pero tener miedo, nunca.
ENR. Pero, señores, si el Almirante llega á saber...
AND. Eso es diferente. El Almirante podrá incomodarse hasta el punto de hacer fusilar dos ó tres de nosotros, pero el temor de ser fusila-

dos no debe obligarnos á ceder por miedo de ese capitan Cedric.

ENR. (*sorprendido.*) Cedric!... Cedric!.. has dicho? Con que es Mariana, la muger de Carlos Cedric la que habeis robado?

AND. Yo no sé si se llama Mariana, pero en cuanto á que es su muger, no queda duda, pues que ella misma lo ha dicho.

ENR. Desgraciado! Qué habeis hecho?

AND. Una calaverada, lo confieso, pero ya no tiene remedio. Sin embargo, cualquiera que sea su resultado, estoy contento, porque al fin tendré el gusto de ver á ese Cedric, á ese ídolo del pueblo de Brest, venir á suplicarnos con su sombrero en la mano.

ENR. Te engañas; yo conozco á Cedric, conozco tambien su arrogancia y su reputacion, y es seguro que no se humillará nunca.

AND. Conque tu crees que se atreva á presentarse á nosotros con arrogancia?

ENR. Sin duda.

AND. Pues entonces, señores, no hay nada que temer respecto á nosotros. Esperemos á Cedric. Su insolencia irritará al Almirante, y nos perdonará. Amigos, convengamos en que somos hombres de fortuna. Con que vamos sobre el puente, y aguardemos á que se presente ese arrogante oficial. (*vanse todos riendo sin atender á Enrique.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, *solo.*

Se van sin oirme!.. ah! esto no puede permanecer asi; es preciso libertar á Mariana... pero ¡insensato! qué voy á hacer?... La comprometeria á los ojos de esos libertinos, que no comprenden lo que es un sentimiento honroso... No, antes de todo es preciso que yo la vea, que la hable, que sepa por ella misma... Pero dónde estará? Dónde la habrán ocultado?

ESCENA III.

ENRIQUE, MARIANA *que entreabre una puerta de la izquierda y observa.*

ENR. Ah! señora! Acabo de saber en este momento que estais aqui, que unos insolentes anoche... Es cierto, Mariana?

MAR. Os equivocais, señor de Marsay, no han sido insolentes; vuestros buenos amigos son los que os han hecho este favor singular... Pero podriais haberles encargado que respetasen mas á una muger, si querian servir á su nuevo camarada...

ENR. Qué decis señora? Habeis sido insultada, y me creeis cómplice de tan horrible trama? Yo, Mariana, honrado con vuestra estimacion, cometer semejante atentado!.. Ah! no lo creais. Este acontecimiento es para mi tan doloroso como para vos misma. Si quereis que yo viva, que me atreva á miraros, aseguradme al momento que no es verdad lo que acabais de decir, que no lo creeis, que no lo habeis podido pensar... Ah! yo no podria vivir mereciendo vuestro menosprecio... Y qué, no me respondeis? Dudais aun? Venid, señora, venid conmigo sobre el puente, yo les hablaré en vuestra presencia, y les pediré satisfaccion de su cobarde infamia. La espada que me han dado me servirá contra ellos mismos, y mi sangre toda correrá, si es preciso, basta vengar tan horrorosa afrenta, y destruir las horribles sospechas que contra mi habeis concebido. Vamos, señora, seguidme, qué os detiene?

MAR. No, Enrique, basta. Os creo, si, y tenia necesidad de creeros. Porque al menos por vos y por mi, quiero conservar esta última ilusion. (*Enrique hace un movimiento para acercarse.*) Ah! Querer asi triunfar violentamente de una muger que os habia saludado con el adios de hermana!.. Entregarla tan cobardemente á una turba de malvados para que la humillasen, para que la ultrajasen! . Ah! no: vos no podiais haber tenido nunca semejante pensamiento.

ENR. Ah! Mariana; me comprendeis, si, me juzgais bien. Cuánto os lo agradezco! Pero no por eso renuncio al derecho de vengaros.

MAR. No, no, salvadme pronto si podeis, pero sin esponer inútilmente vuestra vida. Un solo hombre, Enrique, tiene el derecho de vengarme, y este hombre no sois vos... y este hombre no está aqui. Volvedme á él, yo os lo suplico, ó buscadle al menos y decidle donde estoy.

ENR. Qué decis, Mariana? Que yo le busque, que yo le diga que venga á separaros de mi?

MAR. Enrique! Al pediros esta gracia, ya conocereis que os devuelvo mi estimacion..... haceos digno de ella.

ENR. Basta, yo os probaré que la merezco; y que por mas desgraciado que sea... Escribidle, escribidle pronto. (*Mariana se sienta á escribir.*) Yo mismo le entregaré vuestra carta, y él vendrá á reclamaros... y él os llevará, y os vengará, porque ¡ay! es verdad! él solo tiene tan envidiable derecho!

MAR. Gracias, señor de Marsay, gracias: me salvais el honor que es mas que la vida. Pero este ruido? Son ellos. No quisiera esponerme á su vista.

ENR. Pues venid, señora, venid pronto conmigo. Yo cuidaré de vuestra seguridad. Venid.

ESCENA IV.

SOUVRAY, ANDREVILLE, BEAUGENCY, *algunos* GUARDIAS, *despues* CEDRIC.

AND. Por aqui, señores; es preciso recibirle dignamente. Sentémonos. (*todos se sientan afectando gravedad.*) Vizconde de Beaugency, introducid al suplicante.

BEAU. (*acompañando á Cedric.*) Aqui, señor, aqui.

CED. Aqui no veo á la persona que busco. Quién es el que manda este navio?

AND. Nosotros mandamos en esta cámara; á nosotros podeis dirigiros. El Almirante está ausente.

CED. Ya lo supuse desde luego.

AND. Capitan!

CED. Nada de amenazas, señores. No he venido aqui para darlas ni para recibirlas... He venido solamente con toda la calma y dignidad de un viejo marino, cuyo Pabellon ha sido insultado. Porque si hubiera recibido algun ultraje. ...

AND. Y bien?

CED. Si lo hubiera recibido...

ESCENA V.

Los mismos, ENRIQUE.

ENR. Capitan Cedric, deteneos... aqui teneis una prueba de que vuestra muger no ha sido ultrajada.
CED. Una carta, una carta de Mariana! (*leyéndola.*)
AND. (*á Enrique.*) Has hablado tú con ella?
ENR. Y la he ocultado de vosotros, para devolverla ahora á su marido.
AND. Guárdate de hacerlo: nosotros no la entregaremos hasta que se nos pida de una manera conveniente.
ENR. Andreville!
AND. Está decidido.
CED. (*despues de haber leido, ap.*) Está bien, necesitaba de esta seguridad para contener mi indignacion. Pobre Mariana! Pero quiero conservar mi tranquilidad. (*alto á ellos.*) Esta muger que habeis robado ayer, por distraccion sin duda, ignorabais que fuese la mia? No es cierto?
AND. Al contrario, lo sabiamos.
CED. Con que lo sabiais?.... Y pensais detenerla por mas tiempo?
AND. No sabemos.
CED. Pues entonces me parece que estoy en el caso de enseñaros lo que debeis hacer.
AND. Como gusteis... pero no olvideis que os hallais sobre un buque real, que estais hablando con nobles guardias marinas, y que les debeis respeto y consideracion.
CED. Respeto y consideracion! .. Dios me libre olvidarlo... Sé muy bien que me hallo á bordo de un navio del rey, que hablo con marinos de la alta nobleza! Nosotros, oficiales azules, estimamos en poco el nacimiento. Y sin duda en nombre de vuestros servicios me exigireis respeto y admiracion. Por qué, qué he hecho yo en mi carrera que pueda merecer la vuestra? Nada. Es verdad que he sufrido el fuego de veinte combates en el mar; que he hecho amainar el Pabellon á treinta buques ingleses; que he desembarcado cien veces en las costas de Inglaterra, haciendo ondear en sus fuertes la bandera nacional; que tengo mi cuerpo acribillado con mas de veinte heridas; que he recorrido como vencedor todos los mares conocidos... pero qué son estos hechos al lado de los vuestros? Nada, repito. Vosotros entretanto os habeis paseado por los elegantes salones de Versailles, y no habeis visto mas fuego que el de sus chimeneas; os habeis entretenido en robar pobres mugeres, aprovechandoos de la ausencia de sus padres y esposos: habeis forzado las puertas de las tabernas, no pagando despues, á título de conquistadores, el gasto que haciais .. Si, si, teneis razon, mis servicios no son nada comparados con los vuestros.
AND. Capitan Cedric! Podeis dejar ese tono burlon, y preguntaros mas bien si está en vuestro interés dirigir esa ironia á unos hombres que son dueños aun del tesoro que reclamais.
CED. Oh! nada temo por Mariana; sé muy bien que hasta ahora se ha librado de todos los peligros que la rodeaban, lo sé; y para prevenirlos en adelante, estoy yo aqui... porque si os hubierais escedido en vuestras violencias, no es en este tono como os hablaria; con una descarga de metralla os hubiera saludado; en un abordaje hubiera pisado este navio.
AND. Y qué, os hubierais atrevido á atacar un buque real? Pabellon blanco contra Pabellon blanco?
CED. Y olvidais que no hay Pabellon que respetar cuando se han recibido infames insultos?
AND. Capitan, basta; os advierto que nosotros no toleraremos por mas tiempo vuestras amenazas.
TODOS. No, no.
CED. Y por qué? No tolero yo vuestra presencia? Pero en fin, acabemos. Estais dispuestos á devolverme á Mariana?
AND. Lo estábamos, capitan; pero despues de lo que os habeis atrevido á decir, quisiéramos satisfacer la curiosidad que nos habeis inspirado, de ver lo que hariais si no os devolviésemos á vuestra muger.
CED. Y no esperariais mucho tiempo. Pero debo preveniros antes, que á mi bordo existen algunas personas que os interesan.
SOU. Y quiénes pueden ser esas personas?
CED. No está aqui entre vosotros un tal señor de Andreville, cuyo primo fué hecho prisionero por los ingleses? Un pariente del Almirante Souvray que tuvo la misma suerte, y algunos otros oficiales que se hallan en el mismo caso?
SOU. Si, si, y bien?
CED. Pues todos estos señores de la primera nobleza de Francia, fueron hechos prisioneros por los ingleses, y yo pobre oficial Azul, tuve la audacia de atacar la fragata que los conducia á Inglaterra y libertarlos.
AND. Como! mi primo?
SOU. Mi tio el Almirante?
CED. Alli están todos á bordo, señores, pero no los entregaré sino en canje. Y os juro por el Pabellon del capitan Cedric, que si Mariana hubiese sido víctima de vuestros ultrajes, no existiria ya ninguno de vuestros parientes. Felices habeis estado en no consumar el crimen que intentabais; porque en venganza de mi honor manchado por vosotros, yo os habria devuelto los cuerpos de vuestros deudos, acribillados á balazos. Cadáveres por cadáveres, señores oficiales.
AND. Está bien, capitan, consentimos en el cambio; pero nos dareis satisfaccion de los insultos que tan insolentemente nos habeis dirigido.
CED. Cuando gusteis Y quién de vosotros me hará el honor de recibirla?
TODOS. Yo, yo.
AND. Escribamos nuestros nombres, y que la suerte lo decida.
CED. Podeis evitar la pérdida de tiempo; elejid desde luego los tres primeros.
AND. Veremos.

(Escriben todos sus nombres y los echan en un sombrero. Durante este tiempo aparece Enrique, quiere tambien escribir el suyo, pero Andreville lo detiene.)

No, Enrique, no podemos consentirlo; tú no has sido nuestro cómplice: no debes entrar en suerte.
ENR. No amigo, se trata del honor de nuestro cuerpo, y no puedo desentenderme. Esta ofensa me pertenece como á vosotros. (*pone su nombre en el sombrero.*)

Sol. Y quién ha de sacar los nombres?

And. El capitan. Se trata de castigar su audacia; dejémosle la satisfaccion de escoger.

Ced. Bien, como querais; me es igual. *(Cedric mete la mano en el sombrero y saca una cédula, leyendo.)* Vizconde de Beaugency.

Todos. El Vizconde!

And. Habeis tenido buena mano, capitan, este negocio no durará mucho tiempo.

Ced. *(preparándose.)* En guardia.

(El Vizconde y Cedric empiezan á batirse: los demas oficiales los observan animando á su compañero. Se defiende este con valor parando las estocadas del capitan; pero de repente recibe una herida en el pecho y cae muerto en los brazos de sus compañeros que se lo llevan.)

Viz. Ay!

Todos. Herido de muerte! Venganza, venganza.

And. Otro!

Todos. Si, otro.

Ced. Lo espero ya. Esto no es mas que uno de menos y no es bastante.

And. Escojed otro.

Ced. *(sacando otra cédula y leyendo.)* Enrique de Marsay... Cómo! el señor de Marsay?

Enr. Está en vuestra presencia.

Ced. Sois vos el señor de Marsay? (Cielos! es el mismo que me ha entregado el billete de Mariana. . qué horrible sospecha!)

And. Y qué. Enrique, esponerte tú en el primer dia á semejante peligro? Tú que no sabrás batirte? No podemos permitirlo. Otro, otro.

Todos. Si, otro.

Enr. No, señores, la suerte me ha designado, y yo me batiré. *(lo rodean los oficiales.)*

Ced. (Sin duda es el que ha conspirado con sus compañeros para el robo de Mariana... Ah! Yo no queria mas que desarmar á mi segundo adversario, pero su nombre es la sentencia de su muerte.)

And. Capitan, no podemos consentir en que Enrique se bata: es demasiado jóven, y aun no conoce bien el manejo de las armas. Escojed otro de entre nosotros.

Ced. Me seria indiferente tratándose de cualquier otro, pero no asi con el señor de Marsay.

Enr. Estoy pronto.

Ced. (Ah! los celos me ahogan.) Preparaos.

Enr. Os espero.

(Principia el combate, y se sostiene algunos instantes. El capitan toca con la punta de su espada el pecho de Enrique y la aparta inmediatamente conteniéndose.)

Ced. Deteneos: este es un duelo pérfido: sois un traidor.

Enr. *(con indignacion.)* Cómo traidor!

Ced. Si, traidor, porque llevais sobre vuestro pecho una coraza, cuando sobre el mio no hay mas que cicatrices.

Todos. Una coraza!

And. Eso es una falsedad.

Ced. Si fuera una falsedad como decis, este joven habria ya muerto. La punta de mi espada iba derecha á su corazon, y lo hubiera atravesado, pero ha encontrado resistencia debajo de sus vestidos; no puede ser sino una coraza.

And. Eso seria una traicion; es imposible.

Enr. Yo traidor!

And. Hagamos la prueba. *(desabrocha violentamente la casaca de Enrique, y cae al suelo la caja que le habia dado Mariana. Cedric la recoje.)*

Enr. Gran Dios! Qué has hecho!

Ced. *(en la mayor agitacion.)* No me engaño; esta caja es la misma.

And. Ya podeis estar desengañado. Que continue el combate.

Ced. *(distraido.)* Esta caja! esta caja!... *(abriéndola.)* Si, es ella: no me cabe duda. *(dirigiéndose á Enrique y tomándolo de la mano.)* Venid acá, joven imprudente, y decidme por vuestro honor, si lo teneis, por vuestra madre, por Dios mismo, por lo mas sagrado que tengais en el mundo, respondedme, esta caja de dónde la habeis adquirido? La habeis hallado? La habeis robado tal vez?...

Enr. Robado! yo!

Ced. No la habeis robado! Ah! no, es cierto. No la habriais conservado entonces sobre vuestro corazon. Os ha sido dada sin duda, y al haceros su dueño, se os aseguraria que era un precioso talisman que podria reservaros de la muerte; y aun causarla quizás á vuestro adversario.. Ah! Desgraciado! *(se deja caer en una silla con abatimiento.)*

Enr. (Mariana! Mariana! Y no poder justificarla.)

And. Y bien, qué esperais para continuar? Si el capitan no quiere batirse contigo, yo ocuparé tu lugar.

Enr. No, yo no lo cedo.

Ced. Pues yo abandono el mio. Basta, me declaro vencido: renuncio al combate; teneis razon... os devolveré vuestros parientes... y en cuanto á Mariana... lo que ella quiera. Estais contentos?

And. No, capitan. La suerte os ha favorecido en la primera vez, debeis probar en la segunda. Qué, teneis miedo?

Ced. *(levantándose.)* Miedo! miserables! Miedo yo! Y de quién? . De vosotros? Soldados de antesala, oficiales de gabinete que adquiris vuestros despachos por favor ó por intriga? De vosotros, henchidos de orgullo por llevar unas charreteras que deshonrais, y una espada que solo os sirve para asustar mugeres y niños? De vosotros, que sin ese nacimiento que debeis á la casualidad, no seriais nada? De vosotros que infamais este Pabellon, como infamais vuestro uniforme? Este pabellon, que á fin de que no sea testigo por mas tiempo de vuestras vilezas, lo arranco y arrojo al mar.

(Toma la bandera nacional que está colocada en el fondo y la arroja al mar; los oficiales se quedan sorprendidos por un momento, pero de repente sacan sus espadas y le acometen gritando.)

Todos. Muera, muera el oficial azul.

Ced. *(presentándoles dos pistolas.)* Deteneos ó mi muerte os costará cara.

And. No importa, compañeros; solo puede matar á dos de nosotros.

Ced. Dos de vosotros! Os engañais. *(abre precipitadamente una trampa.)* Debajo de nosotros está la santa Bárbara. *(dirigiendo hácia el fondo una de las pistolas.)* Al primer paso que deis hago volar el navio. *(los oficiales retroceden espantados.)* Acercaos si os atreveis... Ah! retrocedeis! Y ahora, respondedme, quién es el que tiene miedo?

(Cedric en medio de la trampa, los oficiales consultan-

do entre sí; un momento de pausa. Un centinela desde afuera.)

ESCENA VI.

Los mismos, el ALMIRANTE. *Todos se descubren y embainan sus espadas.*

ALM. Qué es esto, señores? Espadas? Pistolas? Qué desorden! Y cuál ha sido el origen de esta contienda? Mucho siento que hayais olvidado el comportamiento que corresponde á la distinguida clase á que perteneceis, y que no se haya respetado debidamente á un oficial tambien de marina, y un valiente. He sabido que su muger le ha sido robada por vosotros; que se le devuelva inmediatamente.

AND. Comandante! Sereis obedecido: confesamos nuestra falta; pero os suplicamos al mismo tiempo que vuestra llegada no impida la satisfaccion que en este momento exigiamos al capitan.

ALM. Me parece que es él mas bien quien debe reclamarla.

AND. Comandante, al hacer sus reclamaciones nos ha dirigido insultos, de los cuales no bastará á borrar el menor toda su sangre.

ALM. Y cuáles insultos? Sepamos.

AND. Nos ha amenazado de fusilar á algunos parientes nuestros que ha tenido la suerte de libertar del poder de los ingleses, y que tiene detenidos á su bordo. Y lo que es mas horroroso, comandante, ha arrancado la bandera nacional y la ha arrojado al mar.

ALM. Será posible!.. En efecto, no está allí. es cierto, capitan?

CED. Comandante! he devuelto insultos por insultos; pero aun no estamos satisfechos. Me han ofendido mucho, mucho... y creedlo, me desquitaré.

AND. Espero, comandante, que no permitireis que el honor de nuestro cuerpo quede ultrajado. Es indispensable un duelo á muerte. Y asi lo habiamos intentado, pero el vizconde de Beaugency ha sucumbido en la lucha.

ALM. Cómo! El valiente vizconde?

AND. Ha muerto, comandante. Enrique de Marsay le sucedió, y nos hubiera vengado, pero el señor Cedric ha rehusado el combate, y ved aqui el motivo de la violenta escena de que nos acusais.

ALM. Basta, señores; yo buscaba un castigo para vuestra primera falta, que al paso que fuese severo, no me privase de vuestros servicios, que son ahora tan necesarios; pero todo lo que acabo de saber me impone una mas fuerte obligacion, que no puedo dejar de cumplir, porque á mi solo pertenece y á nadie mas. Sufrireis todos un arresto de dos meses.

AND. Y sin vengarnos, comandante?

ALM. La ofensa que el capitan Cedric ha hecho á toda la Marina Real sobre este navio, es demasiado grave, y necesita un terrible castigo, que yo gefe supremo de la marina de Brest debo imponerle. Condeno al capitan Carlos Cedric á diez años de prision por haber ultrajado tan vilmente la bandera nacional.

CED. La bandera nacional!... Si, yo la he ultrajado cuando estos señores la defendian... En fin, basta. Os doy gracias, comandante, por el arresto que me habeis impuesto, lo consideraré como una dimision... Yo no quiero servir mas á una patria donde no se respetan las familias; no quiero verter mas mi sangre por la independencia de una nacion que tan vergonzosamente huella su libertad.

ALM. Y ahora que se rodee el buque del capitan, y que de fuerza ó grado entregue los prisioneros.

CED. Deteneos: mis camaradas no obedecerán sino á mi, y antes que devolver los prisioneros sin mi orden, consentirian en perecer todos acribillados por la metralla... Yo no debo sacrificarlos á una venganza inútil... Una bocina! Dadme una bocina! (*se la dan y aproximándose á la ventana dice en alta voz.*) A bordo los prisioneros..... Vuestros parientes estarán aqui antes de cinco minutos... ahora que me conduzcan á mi prision.

SOC. Ah! nuestros pobres amigos vamos á volverlos á ver.

CED. Bien, bien; abrazadlos, saboreaos con la dicha de su vuelta... Aprovechaos bien de vuestros últimos momentos. Apurad hasta las heces la copa de vuestros placeres.. porque una palabra terrible va á resonar en medio del festin... antes de mucho quizás, caerá sobre vosotros la mano vengadora de la revolucion... (*se lo llevan; cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Cedric: una puerta á la derecha que cae á la calle, y otra á la izquierda que comunica al dormitorio de Mariana, otra disimulada tambien á la derecha, y una ventana al fondo por la que se vé el mar.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA, GERVASIA *que trae luces y las pone sobre una mesa.*

MAR. (*á Gervasia que entra precipitadamente.*) Y bien, buena Gervasia, qué noticias me traes?

GER. Ay! señora, nada buenas. Siguen siempre con la guillotina y la proscripcion... El nuevo representante que ha llegado ayer, y que han alojado en nuestra casa, es el que mas escita el pueblo á la venganza. Quién lo habia de decir, señora! Hace siete años que fuisteis robada por los guardias del Pabellon, á quienes todos aborreciamos de muerte. ... pero hoy, al verlos tan desgraciados, os aseguro que me dan compasion.

MAR. Pero qué dices, pues no son ya prisioneros? Querrá aun ese pueblo, sediento de sangre, penetrar en sus calabozos y asesinarlos?

GER. Si señora; con motivo de haberse presentado en nuestro puerto esa escuadra inglesa, que dicen viene á bloquearnos, gritan furiosos por las calles que los prisioneros tienen la culpa; que sin duda conspiraban para entregarnos á los ingleses, y piden sus cabezas y las de todos los nobles. Nada puede salvarlos, porque si alguno se atreviese... ya sabeis .. Pero qué teneis, señora? Os habeis puesto muy pálida.

MAR. Nada, Gervasia, nada: es la consecuencia de tantos dias de lágrimas, tantas noches sin

sueño... He llorado tanto desde que Cedric libertado por el pueblo tomó parte por la república, y se ausentó á correr nuevos peligros, sin haberme perdonado, sin haberme visto..... maldiciéndome tal vez.. Ah! él morirá sin duda creyéndome culpable; ya no le veré mas.

GER. Y por qué esos tristes pensamientos? Acaso volverá pronto, y...

MAR. No, Gervasia; ya no le será posible atravesar por medio de los buques ingleses que asedian nuestro puerto; ya no le veré mas, y moriré sin esperanzas y sin perdon.

ESCENA II.

Los mismos, MIGUEL, JUAN.

MIG. Victoria!... victoria... ya estamos de vuelta, hemos vencido: el capitan Cedric está en Brest.

MAR. Mi marido!

MIG. El mismo... Ha burlado completamente la vigilancia de los buques ingleses mientras la oscuridad de la noche, y se ha escurrido como un pez hasta llegar á nuestro puerto. Por la mañana fué reconocido por algunas barcas que quisieron darle caza, pero que tonteria! cuando lo intentaron ya estábamos en tierra. Esta noche vamos á incendiar á la escuadra enemiga, y si lo conseguimos, seremos invencibles...

MAR. Cedric ha vuelto á Brest y no es por mi... ¡Ah!

MIG. Hemos querido conducirle en triunfo hasta su casa, pero se ha negado.

MAR. (Bien lo temia!)

MIG. Pero cuando se le ha dicho que el representante del pueblo, á quien deseaba ver, paraba aqui, ha consentido en venir, pues quiere verle inmediatamente para pedirle el perdon de los guardias del Pabellon que hemos podido librar del furor del pueblo.

MAR. Cómo? El ha salvado...

MIG. Si, señora; pero Juan lo contará mejor, porque estaba alli en la misma prision; yo, ya se vé; cuando se baten...

JUAN. En efecto, señora, yo estaba alli y todo lo he visto. Ya recordareis que cuando mi casa fue devorada por las llamas, mi pequeño hijo hubiera perecido, á no ser por el valor de un guardia del Pabellon, que con el mayor arrojo lo salvó de entre el incendio. Reconocido yo á aquella accion generosa, quise conocer al libertador de mi hijo, pero no me fue posible: solo un cinturon, que sin duda pertenecia á su espada, pude hallar entre los escombros; cuya prenda conservé por si alguna vez podia servirme para descubrirle. Pues bien, esta mañana estaba yo de guardia en la prision, cuando oigo el alboroto y los gritos de mueran los guardias del Pabellon, que no se salve ninguno!... Entonces veo llegar al capitan corriendo, y me dice.—Ya no quedan mas que dos guardias, estoy cierto que uno de ellos fue el que salvó á tu hijo.. Sufrirás que lo asesinen? No me lo habia acabado de decir, cuando en dos saltos estábamos en su calabozo... aun era tiempo..... Se defendian como unos leones..... pero iban ya á sucumbir. Entonces me pongo delante de mis camaradas, y les digo que uno de aquellos oficiales ha salvado á mi hijo del fuego, y tanto les suplico, y tanto les porfio, que al fin conseguimos que los dejasen.

MAR. (Perdonadme, Dios mio, la alegria que estas palabras han producido en mi corazon.)

VOCES. (*dentro.*) Viva el ciudadano Cedric, viva el capitan.

MIG. Hola! ya llega aqui el capitan; viene acompañado por el pueblo.. Salgamos.

MAR. Mi marido!.. Ah! Gervasia, yo no me hallo con fuerzas para soportar su presencia.

ESCENA III.

MIGUEL, CEDRIC, PUEBLO.

CED. Si, amigos mios, ha comenzado para nuestra patria una era de independencia y de gloria... Pero no mas destierros, no mas cadalsos; acordaos que nuestra revolucion debe ser tan clemente como grande y justa... Ciudadanos! una escuadra inglesa bloquea nuestro puerto: los enemigos reunen contra nosotros fuerzas poderosas! Insensatos, nada podrán contra la libertad que hemos proclamado. Antes de las siete de esta noche, ó habrá dejado de existir vuestro capitan, ó el pueblo de Brest se verá enteramente libre.

PUE. Viva el capitan.

CED. Gracias, mil veces gracias, amigos mios, por vuestra distincion: pero no temais: no olvidaré nunca que me devolvisteis un uniforme de que los nobles me habian despojado. Pero yo creia encontrar aqui al representante... no he venido sino para verlo.

JUAN. Ciudadano Cedric: el representante te suplica que lo esperes: sus deberes lo detienen; no tardará en volver.

PUE. (*saliendo.*) Viva el capitan.

ESCENA IV.

CEDRIC, *solo.*

Ah! este valor y esta tranquilidad que aparento delante de ellos, está bien distante de mi corazon... Les dije que venia á ver al representante; no, he venido solamente á verla... y á vengarme. Por ella he derramado mi sangre, por ella esta noche quizás... pero ¡ah! y si fuese inocente! No, imposible; si lo fuese, hubiera corrido á verme, estaria aqui á mis pies..... se disculparia. (*Mariana que ha oido las últimas palabras, entra y se arroja á sus pies.*)

ESCENA V.

CEDRIC, MARIANA.

MAR. Aqui me teneis...

CED. Mariana!

MAR. Señor!

CED. Bien.. qué quereis?

MAR. Que no me condeneis sin oirme.

CED. Y no temeis á vuestra conciencia?

MAR. Señor, no he sido culpable.

CED. No, Mariana?

MAR. He sido solo imprudente: una confesion franca os lo esplicará todo, y me perdonareis, estoy segura. Yo conocí á ese joven antes que á vos; su talento, sus prendas, su valor, interesaron mi corazon, es verdad; pero qué mu-

ger hubiera podido ser insensible á tanta ternura y tanto amor? Por razones que ya conoceis, me negué á unir mi suerte con él.

CED. Pero le amabas siempre? Y le preferistes á mi?

MAR. Señor, libre rehusé su mano, esposa y madre...

CED. (*mostrándole la caja.*) Pero esta prenda que vos misma le disteis...

MAR. Ah! si, esa es mi falta Pero, oidme, señor. Cuando se decidió á entrar en la marina y partir en busca de la muerte, me pareció demasiada crueldad el negarle una señal de estimacion, en cambio del sacrificio de su vida. Yo crei que me seria permitido hacerlo dueño de esa caja, cuya vista tanto os incomodaba.

CED. Pero á la que vuestra creencia atribuia la virtud de salvar la vida á quien la poseyese.

MAR. Y para qué? Esa vida no era para mi. Esta confesion sincera, que os he hecho siempre en todas mis cartas, habria podido satisfaceros, pero me las habeis devuelto sin leerlas. Ah! señor, yo no era culpada, y aunque lo hubiese sido cien veces mas, mi desesperacion, mis lágrimas, mis sufrimientos de dos años, mis cuidados por vuestra suerte, mi arrepentimiento, no eran bastantes títulos á vuestra indulgencia? Ah! Cedric, basta ya; no volvais la cabeza, miradme.. Yo soy Mariana, la que habeis amado tanto, aquella cuyos deseos queriais adivinar para satisfacerlos... Y me dejais á vuestros pies? . Y no me tendeis una mano de amistad siquiera... á mi .. á la madre de vuestra hija, digna aun de este título?

CED. Oh! levantaos, levantaos, Mariana, y callad por Dios. Os he amado tanto!... Me habeis hecho tan feliz otras veces!.. Ah! si; yo creo en vuestra sinceridad, pero hay un pensamiento... un pensamiento fatal, que como un muro de bronce se opone en medio de nosotros; y que nunca permitirá nuestra union.

MAR. Y cuál pensamiento? Dios mio!

CED. La preferencia que dais á ese hombre en vuestro corazon. Yo, Mariana, no cuento mas que con vuestra fidelidad; y es eso bastante? Decidme; yo, que os amo como un niño puedo contentarme con esa fria indiferencia? Puedo vivir feliz á vuestro lado, cuando sé que ese hombre ocupa solamente vuestro corazon? No, mil veces no Y ademas, sabed que ese hombre es uno de esos insolentes nobles, que han cubierto mi vida de amargura Por qué cuando al fin, despues de innumerables sacrificios, pude arrancar del rey un despacho de capitan de navio, que me hacia gefe de todos esos miserables, ninguno quiso obedecerme; rompieron sus espadas, y prefirieron el arresto á servir á mis órdenes..? Ah! Horrorosa afrenta que no olvidaré jamás: si, merced á esos insolentes, tuve que renunciar al rango que habia conquistado con tanta constancia como heroismo; merced á ellos, mi nombre no podia ya sonar en las batallas; merced á ellos, volvi á ser un miserable corsario Breton.... .. y la historia me habia cerrado sus páginas, y mi nombre quedaba oscurecido. Y cuando para olvidar tantos males habia buscado vuestro amor, como un refugio, como un asilo, como un consuelo que me hiciese mas amable la vida, era preciso que uno de estos mismos hombres viniera á colocarse entre vos y yo, y que me robase vuestro cariño, para que este horrible pensamiento emponzoñase para siempre mi porvenir y mi gloria. Ah! Dejadme, Mariana. Yo no os aborrezco; pero dejadme maldecir la fatalidad que pesa sobre mi! De ella es de quien me quejo, no de vos.

MAR. Pues bien, señor; ya que no me queda esperanza, y que siempre alimentareis ese odio, en vano intentaré justificarme de las falsas suposiciones con que calumniais mi corazon Si en este dia, en que todo lo habeis alcanzado, no me devolveis vuestra estimacion, yo me alejaré de vos; si, huiré para siempre, y mi muerte os vengará pronto de vuestra desgracia.

CED. No, Mariana; qué estais diciendo? Yo no puedo odiaros. Ah! mi corazon tiene tanta necesidad de ternura y de felicidad! Mira, tal es la conmocion que esperimento, que en este instante no me acuerdo de mis juramentos, solo me acuerdo de cuando era feliz... Ah! veo que recobras todo tu imperio; á mi pesar veo renacer nuevamente mi amor. . y .. Maria, yo te amo.

MAR. (*arrojándose á sus brazos.*) Ah! Cedric! Será posible?

CED. Si, te amo.

MAR. Cedric, esposo mio... ah! he hallado al padre de mi hija, he recobrado su cariño y su confianza .. Cuán feliz voy á ser!

CED. Si, si, lo espero, Mariana, porque te creo. Pero si volviese á hallar á ese hombre cerca de ti .. Si sus miradas me infundiesen la menor sospecha... entonces, nada seria bastante á contener mi furor. Mira, esta mañana lo he visto en su prision; iban á asesinarle, y lo he salvado; porque esa venganza me pertenece á mi solo. No quiero volverle á ver, Mariana; su nombre solo, si lo pronunciase, quemaria mis labios.

MAR. Alguien viene.

CED. Es el Representante, tenemos que hablar sobre la espedicion de esta noche.

MAR. Aun mas peligros?

CED. No temas nada; esta mañana estaba decidido á morir, pero ahora yo defenderé una vida que te pertenece.

MAR. Adios, Cedric; cuento con tu confianza.

CED. Como yo con tus juramentos.

ESCENA VI.

CEDRIC, *el* REPRESENTANTE.

REP. Ciudadano Cedric, has pensado en los medios de libertar á Brest?

CED. Creias tú que te esperase para eso?

REP. Y qué?

CED. Conozco bien la posicion de la escuadra enemiga; conozco nuestras fuerzas navales; todo lo he previsto, todo lo he calculado; y mi plan está aqui. Pero para ejecutarlo, necesito un marino.

REP. Pues no tienes dos mil á tus órdenes?

CED. Si, y todos intrépidos y valientes. Pero un comandante hábil que pueda dirigir la atrevida

espedicion de que ha de encargarse, no le tenemos. Necesitamos de un buen oficial, y despues de la revolucion, no nos han quedado sino marineros. Pero no importa... yo buscaré, yo buscaré uno á todo precio.

Rep. Se me ha dicho que has libertado del castigo que les preparaban, á dos oficiales del Pabellon que eran los únicos que quedaban de ese cuerpo detestable. Ignoro qué motivos habrás tenido para ello, pero te advierto, que en esta noche es preciso sean condenados, y su sentencia ejecutada.

Ced. En cuanto al uno está bien, pero en cuanto al otro, yo te pido su perdon.

Rep. Su perdon?

Ced. Si, tú tienes poderes ilimitados de la Convencion, y puedes concedérmelo. Tú me pides que liberte á Brest de los ingleses, yo te pido que salves á un hombre del cadalso.

Rep. Pero ciudadano...

Ced. Nada me digas Tranquilízate. Si yo te pido su vida, es porque me reservo el derecho de disponer de ella. Ademas, él merece esta gracia. En medio de un incendio ha salvado de las llamas á un hijo del pueblo.

Rep. Y la prueba?

Ced. El cinturon de su espada, que fué hallado entre los escombros, y que me ha sido entregado: míralo: por este medio será fácil reconocer á quien pertenecé. (*se le dá.*)

Rep. Está bien. Tengo dada orden de que los conduzcan aquí para interrogarlos yo mismo. El que tú señales quedará libre pues lo exijes, pero esta noche á las siete...

Ced. A las siete habré cumplido mi palabra. (*vase.*)

ESCENA VII.

El Representante, *despues* Miguel *y* Juan.

Rep. Se levantará el sitio de Brest y mi mision habrá sido gloriosa Y en cuanto á este guardia, cuyo perdon solicita... se le concederé. (*á Miguel que sale.*) Lleva esta orden al tribunal revolucionario; es preciso que se reuna inmediatamente para juzgar á un guardia del Pabellon.

Mig. Al momento, Representante; viva la Nacion!

Juan. Ciudadano Representante, ahi está el prisionero que has mandado conducir para interrogarle.

Rep. Que entre.

ESCENA VIII.

Andreville, Representante, Juan, Guardias.

And. A dónde diablos me conducís?

Rep. Estás en presencia del Representante del Pueblo.

And. (Ah, el Representante...)

Rep. Cómo te llamas?

And. Leon, marqués de Andreville!

Rep. Con el nombre basta; los títulos han sido abolidos.

And. Si, habeis principiado por los títulos y acabareis por las cabezas.

Rep. Has pertenecido á los guardias del Pabellon?

And. Si, y aun conservo mi uniforme encarnado.

Rep. Reconoces este cinturon?

And. Si.

Rep. Te ha pertenecido?

And. No lo sé, porque todos eran iguales.

Rep. Sin embargo, ó es tuyo, ó es de tu compañero Enrique de Marsay, prisionero tambien. No recuerdas las circunstancias en que has podido perderlo?

And. (Qué diablos! Por qué me hará estas preguntas?)

Rep. Responde.

And. (El tono con que lo dice... no me pronostica nada bueno. Y precisamente ha de ser mio, porque el pobre de Enrique..... pero y si se trata de alguna mala pasada que quieran castigar?)

Rep. Vamos, contesta.

And. Estoy recordando. Creeis que es tan facil? Son tantas las veces que yo he perdido mi sombrero, mi espada y hasta mi uniforme...

Rep. Tú escusas responder? Pues bien. .

And. Que no, repito, pero estoy repasando la memoria... (Si seria la noche que asaltamos la casa de aquel mercader?)

Rep. Acusado Andreville, mi paciencia se acaba.

And. (Pues señor, suceda lo que suceda...) Si, Representante, es mio el cinturon.

Rep. Está bien, pues nos dirás ahora cómo lo has perdido.

And. Es que... mi modestia...

Juan. No hay duda; es este valiente joven!

Rep. Basta. La accion de Andreville, que ya sabeis todos, merece recompensa. Ciudadano, en nombre de la República, te concedo el perdon.

Todos. Viva la Nacion.

Rep. (*á Juan, Miguel y guardias.*) Seguidme.

And. El perdon! no comprendo...

Juan. Ciudadano, tú hiciste una accion generosa; no tardaré en manifestarte mi reconocimiento. (*vase.*)

ESCENA IX.

Andreville, *solo.*

Una accion generosa? Vamos, estos hombres están locos, no hay duda. Solo habiendo perdido las cabezas, han podido dejar la mia sobre mis hombres.

ESCENA X.

Andreville, Cedric.

And. El capitan Cedric! Donde estoy yo?

Ced. En mi casa.

And. Ignoraba tener este honor, y os doy gracias por la hospitalidad; pero ya que la casualidad nos ha reunido otra vez, os diré que estoy pronto á cumplir nuestra cita de ahora siete años, que vuestro arresto entonces, y mi prision despues, nos ha impedido efectuar.

Ced. Veo que teneis buena memoria, y me recordais una afrenta, que desde que estais proscripto, he querido olvidar. El capitan Cedric, despues de la revolucion, no se bate con los guardias del Pabellon, sino los salva.

AND. Si, si; ya presencié vuestra generosidad. Pero ni Enrique ni yo os pedimos este favor. Ademas, sabed que ya no estoy proscripto; estoy libre; y usaré de esta libertad para recordaros que soy siempre guardia del Pabellon.

CED. (Libre! Bien, tanto mejor..) Andreville, el pueblo se ha tomado el encargo de castigar á los oficiales de vuestro uniforme. Yo por mi parte, no quiero vengar mas que una afrenta, que recibí de uno de vosotros, y la vengaré. En cuanto á vos, no sois el que busco: sois un marino como yo; somos compañeros y hermanos.

AND. Pero qué significa?

CED. Sois valiente, no es cierto?

AND. Nadie lo ha dudado hasta ahora.

CED. Sois el único que queda de los guardias del Pabellon: vos y otro. Pero no se trata ahora del otro. A vos toca solament e regenerar este cuerpo que tan dolorosos recuerdos ha dejado en Brest: esto valdrá mas que batiros conmigo; porque yo no puedo disponer de mi existencia hasta que Brest quede libre.

AND. No os entiendo; esplicaos.

CED. Oficiales azules y guardias del Pabellon, todos estamos interesados en la gloria nacional, ya sirvamos bajo el pabellon blanco, ó bajo la bandera tricolor. El puerto de Brest está bloqueado por una escuadra inglesa; mis disposiciones están tomadas para atacarla y destruirla, pero no puedo esponerme á morir antes del combate; y para principiarle, es necesario una accion atrevida, en que se arriesga la vida.

AND. Y bien ..

CED. Necesito de un oficial acostumbrado á mandar, que pueda comprender mis instrucciones, y ejecutarlas. Mis camaradas no saben mas que morir; me hace falta uno que pueda hacer mas, y os elijo á vos.

AND. A mí?

CED. Si, yo he reservado este encargo á un uniforme que necesita purificarse.

AND. Y qué es lo que debo hacer?

CED. Pegar fuego á los buques ingleses.

AND. Diablo, capitan, qué estais diciendo? Si yo aceptase, no sería para regenerar mi antiguo cuerpo, como decis, sino es para jugar una mala pasada á los ingleses, que aunque yo no los quiero...

CED. Con que rehusais?

AND. No, pero dadme algunos momentos para reflexionar.

CED. Teneis cinco minutos.

AND. Es bien poco.

CED. No puedo conceder mas; el tiempo es precioso y no debemos perder un instante. Si aceptais, os daré mis instrucciones; mis marineros os obedecerán como á mí; vuelvo al momento; meditad vuestra respuesta. (*vase.*)

ESCENA XI.

ANDREVILLE, *solo.*

No sé lo que me sucede: lo que son las revoluciones! Pero batirme con los ingleses, estar á las órdenes de un oficial azul? Oh! es imposible. Y á pesar de mi carácter atolondrado... no puedo menos de pensar que si me comprometo. .

ESCENA XII.

JUAN, ANDREVILLE, MIGUEL.

JUAN. Aquí está! Aquí está!

MIG. Este?

JUAN. El mismo.

AND. Y bien, quiénes sois, qué quereis?

JUAN. Qué es lo que quiero? Pues qué, no lo adivinas? Quiero abrazarte, ciudadano, porque como no pude hacerlo delante del Representante, he venido al momento: abrázame.

AND. Yo?

MIG. Y á mí tambien.

AND. (*rechazándolos.*) Un instante, qué diablo! Antes de recibir vuestros abrazos , quiero saber por qué son; decidme , se me ha condenado?

JUAN. Cómo! despues de haber salvado á mi hijo?

AND. Vuestro hijo! Qué disparate! Yo no le conozco, estais en un error.

JUAN. No, no; estamos seguros; tú has reconocido el cinturon de tu espada que perdistes en medio del incendio, cuando salvabas á mi hijo.

AND. Cómo! Este cinturon?

JUAN. Si, el mismo que yo he entregado al capitan Cedric, y al que debes tu perdon.

AND. Maldicion! Y yo que creia. . Ah! Marsay, Marsay!

JUAN. Marsay dices? En este instante acaba de ser condenado á muerte por el tribunal.

AND. Condenado á muerte?

JUAN. Y será ejecutado antes de una hora.

AND. Antes de una hora decis?.. Pero desgraciado, si es él, si es Marsay quien ha salvado vuestro hijo! Este cinturon es suyo.

JUAN. Pues no digisteis que era vuestro?

AND. Si, porque presumia que peligraba la vida de mi amigo. Es preciso buscar al Representante, quiero declararle...

MIG. Ya no es tiempo; la sentencia está pronunciada.

AND. Ah! si; teneis razon, ya es demasiado tarde. En vano intentaré declarar, mis gritos no se oirán, y mi pobre amigo... pero esto no puede quedar asi. No es verdad que tú no quieres que maten al libertador de tu hijo?

JUAN. No, ciertamente; pero por qué medio...

AND. Id volando, reunid á vuestros parientes, á vuestros amigos. pedid el perdon de Enrique... Marchad. (*Juan y Miguel salen; esforzando la voz.*) Pero no, no pidais nada. arrancadlo del cadalso si podeis .. este seria el único medio, pero quién podrá ayudarme?

ESCENA XIII.

CEDRIC, ANDREVILLE.

CED. Andreville, aceptais? He aqui vuestros poderes.

AND. (Gran Dios! Este hombre!... Qué idea!... Las órdenes para que me obedezcan.) Si, capitan; acepto.

CED. Con que salvareis á Brest?

AND. Lo juro.

CED. Tomad, aqui teneis mis órdenes para que os obedezcan; y por si acaso necesitais comunicarme algo repentinamente, tomad la llave del pasillo secreto á donde corresponde esta puerta; de este modo podreis llegar mas pronto y sin ser visto.

AND. Bien; tanto mejor; todo podrá servirme. Adios, capitan. *(vase precipitadamente.)*

CED. Ahora vamos á buscar á Marsay. *(vase.)*

ESCENA XIV.

MARIANA, *entrando como asombrada. Se oye fuera una voz que dice.*

VOZ. «Decreto del tribunal revolucionario condenando á muerte por traidores á la república, á Gerónimo Marcial, Pedro Francisco Marchet, y Enrique de Marsay, noble y aristócrata.» *(la voz se aleja y se la oye repetir confusamente.)*

MAR. Dios mio, qué acabo de escuchar! Será posible! No es una horrible ilusion? *(se oyen gritos del pueblo, y poco despues algunos tiros.)* Ah! no; esta gritería es la del pueblo que se abalanza hácia el cadalso. No me he engañado. El desgraciado Enrique va á morir y casi debajo de mis ventanas... No queria admitir su perdon... y yo soy la causa de su muerte... Y no tengo ningun medio de salvarlo? *(suena una campana.)* Gran Dios, qué oigo? Esta campana no suena sino para las ejecuciones... Va á morir en este momento. *(suenan los tiros.)* Dios mio! misericordia!.. *(cae sin sentido sobre una silla.)*

GER. *(entrando.)* Señora, señora!.... Está desmayada. Señora, no ois esos gritos?

MAR. *(volviendo en si.)* Ay!

GER. Hay una conmocion popular; quieren librar del suplicio á esos infelices que iban á ejecutar.

MAR. Qué dices? Ah! Corre, corre, Gervasia; dime pronto si los han librado, dímelo al instante.

GER. Voy, señora, pero vos necesitais de socorros.

MAR. No, no necesito de nada. Vé pronto á traerme noticias. *(vase Gervasia.)* Pero qué digo? Insensata!.. Ya no será tiempo... Ahora recuerdo... la campana fatal que ha sonado... los tiros... ah! el pueblo solo habrá encontrado cadáveres. Desgraciada! Pero qué ruido?.. Suben por esta escalera apresuradamente ... quién será... *(abriendo la puerta.)*

ESCENA XV.

ENRIQUE, MARIANA.

Enrique entra despavorido: viene cubierto con una capa: está en pechos de camisa; la cabeza casi rapada, y cordeles rotos atados á sus muñecas.)

MAR. Enrique!

ENR. Mariana!

MAR. Enrique! Ah! se ha salvado!

ENR. Yo no lo sé aun. Pero qué importa? Te vuelvo á ver, Mariana.

MAR. Enrique!

ENR. Perdóname, Mariana, pero voy á morir y ya nadie me separará de ti...

MAR. Pero decidme, de qué modo...

ENR. Me habian condenado, y se me conducía al patíbulo. Entonces, lo creerás, Mariana? Yo que tan temerariamente he buscado la muerte, tuve miedo, te lo confieso; porque la muerte en los combates es nuestra vida, Mariana, y al verme conducido en ese horrible carro, y al pensar que iba á morir lejos de todas las personas que me han sido queridas... y por manos infames... me estremecia de terror; y pensando en ti, me parecia verte y que me decias. «Yo no te abandonaré.» Entonces un ardiente deseo de vivir se apoderó de mi corazon, y mis músculos se agitaban bajo las cuerdas que me oprimian; y mi alma dividida entre ti y el cielo, no queria mas que verte!

MAR. Enrique, por piedad!

ENR. Nos aproximábamos lentamente; ya teniamos delante de nuestros ojos ese instrumento odioso, esa infame guillotina... y el verdugo preparaba la cuchilla fatal. Suenan de repente algunas voces; se vé al pueblo conmoverse en medio de la oscuridad; las oleadas llegan hasta nosotros, y gritan desaforados, «abajo la guillotina, salvad los prisioneros.» Disparan algunos tiros, y caen muertos algunos soldados de los que nos conducian... Entonces, reuniendo todas mis fuerzas, rompo estas cuerdas que sujetaban mis manos, y me lanzo entre la multitud. Un hombre, á quien Dios recompense, me cubre con su capa, y en esta disposicion corro por las calles hasta llegar hasta aqui, porque yo queria verte antes de morir.

MAR. Ah! y cómo podria libertarte?

ENR. Libertarme! Y qué me importa? Yo no quiero si no que tú me hables, que tú me mires, que tú me ames, y aunque muera despues.

MAR. Enrique, no alimenteis esas esperanzas culpables... Dejadme, y pensad que esta casa no puede ser para vos otra cosa que un asilo.

ENR. Un asilo decis? Ah! Dios mio! Qué idea! si... me acuerdo... cualquiera que dé asilo á un proscripto. ... sufrirá la misma pena. Ah! y yo estoy en tu casa? Y yo voy á arrastrar en mi desgracia á ti y á los tuyos?... No, no; es preciso que salga, que parta en el instante. *(quiere salir, Mariana le detiene.)* Déjame, soy un proscripto, un sentenciado... mi presencia mata... mis miradas queman.. No me toques, aparta! ah! Deja, déjame salir. *(suena un tambor batiendo marcha.)*

MAR. Enrique!

ENR. Adios, adios!

MAR. *(colocándose delante de la puerta.)* No, tú no saldrás, insensato. No oyes ese ruido de armas? Acaso son los que te persiguen...

ENR. Pero vendrán hasta aqui, y tu cabeza tambien... *(forcejeando para abrir la puerta.)*

MAR. *(sujetándolo.)* No, no saldrás, Enrique. Yo no te dejaré subir al suplicio...

ENR. Pero quieres que subamos juntos?... Desdichada!

MAR. Chis! calla, oigo pasos.

ENR. Si, vienen; perdidos somos!

MAR. Y no hay otra salida...

ENR. Esta ventana al menos... *(corriendo hácia ella.)*

MAR. *(deteniéndole.)* Desgraciado!

ENR. Yo quiero salvarte.

MAR. Y no me salvarás... Mira... allí, en mi cuarto...
ENR. En tu cuarto!
MAR. Pronto, pronto, que llegan.

ESCENA XVI.

MARIANA, *el* REPRESENTANTE, SOLDADOS, PUEBLO.

REP. Ciudadana Cedric, una turba de aristócratas aprovechándose del tumulto, ha sustraido del suplicio á los culpables que iban á ser ejecutados Uno de ellos se ha dirigido hácia este sitio, y como acaso puede haberse ocultado en esta casa, me permitireis que mis soldados la registren?
MAR. Señor, esta casa es tambien la vuestra, y no puede sospecharse que los culpables la escojiesen para su asilo.
REP. Quién sabe? En el esceso de su audacia cifran muchas veces su seguridad Pero juro por la ley, que si toda la ciudad de Brest quiere oponerse á su cumplimiento, mandaré arrasar toda la ciudad.
UN SOLDADO. (*entrando.*) Ciudadano Representante, no hemos encontrado á nadie.
REP. A nadie? Pues todas las señas convenian en que se habia refugiado aquí. No habeis entrado en ese cuarto? (*señalando el de Mariana.*)
MAR. Es el mio, señor, y ninguno ha podido entrar.
REP. Si, acaso sin haberlo visto vos, ha podido esconderse; es preciso verlo.
MAR. Os juro que no.
REP. (*á los soldados.*) Entrad...
MAR. (*á los soldados.*) Deteneos, señor; no se penetra así en el cuarto de una muger.
REP. Y por qué?

ESCENA XVII.

Los mismos, CEDRIC.

CED. Què es esto?
MAR. (Cielos! mi marido...)
REP. Ciudadano, hacemos una visita domiciliaria en tu casa.
CED. En mi casa?
REP. Si, uno de los condenados, que se ha fugado durante la conmocion, se ha dirigido hácia esta casa, y preguntábamos á la ciudadana...
CED. Y podrás sospechar que Mariana haya protegido á un delincuente sentenciado por la ley, esponiendo su cabeza y la mia?
REP. No, pero mi deber me prescribe registrarlo todo, sin ninguna consideracion. Tu muger nos impide entrar en esta habitacion.
MAR. Es la mia, y yo no creo que se pueda penetrar!...
CED. Ciudadano Representante, para conciliar tus deberes con los respetos que la muger del capitan Cedric tiene derecho á exigir de sus conciudadanos, te propongo un medio. Yo entraré en este cuarto, y te juro por mi honor, que si por un accidente, que no puedo comprender, ese sentenciado se ha refugiado aquí, aunque fuese mi mejor amigo, te lo entregaré.
REP. Capitan, acepto tu proposicion, y cuento con tu lealtad.
CED. Tienes mi palabra. (*toma una luz y entra.*)
MAR. (Qué horrible tormento! No puedo sufrir mas; las fuerzas me abandonan...)

(*Cedric aparece: su fisonomía está muy alterada, aunque quiere aparentar tranquilidad. Atraviesa lentamente la escena, dirigiendo á Mariana una terrible mirada, y coloca la luz sobre la mesa.*)

REP. Y bien?
MAR. (*con la mayor agitacion.*) (Perdon, Dios mio!) (*un momento de silencio.*)
CED. No hay nadie.
REP. Basta: mis deberes no alcanzan á dudar de tu palabra. Continuaré mis diligencias en las casas inmediatas.

ESCENA XVIII.

CEDRIC, MARIANA, *despues* ENRIQUE.

MAR. Señor!..
CED. Silencio, señora. (*abriendo la puerta del cuarto de Mariana.*) Salid
ENR. Heme aquí.
MAR. (Pero qué intentará, Dios mio!)
CED (*despues de haber cerrado todas las puertas.*) Enrique de Marsay... ya no hay para los dos aquí, sino el espacio de una tumba.
ENR. Pero escuchadme al menos...
CED. Enrique de Marsay, habia pedido tu perdon y se me habia prometido solemnemente. Ignoro por qué fatalidad has sido condenado.
ENR. Cómo, señor? Habiais pedido mi perdon?
CED. Oh! si, pero no me lo agradezcas. Tú sabes bien que yo queria arrancarte del cadalso, porque me pertenecias á mí antes; porque la injuria que tú me habias hecho, era mas antigua que la hecha á la Nacion Porque el verdugo venga la afrenta cometida contra la ley, y Cedric solo venga la cometí la contra él. Ah! no te escaparás esta vez. La horrible contienda entre el oficial azul y los guardias del Pabellon no está aun terminada: falta el último combate.
MAR. Pero por compasion, señor, atendedme.
CED. Silencio, señora, silencio; este no es asunto de mugeres. Enrique de Marsay, tú elegiste para tu asilo la casa de tu cómplice... y ya lo has visto, no te ha sido infiel... Esta muger ha tenido cuidado de ocultarte, conservándote para mí. Ah! gracias, señora, gracias. (*toma dos espadas.*) Ahora escojed.
MAR. Qué horror!
ENR. Batirnos aquí!
CED. Pues qué, no hay bastante sitio? No tenemos un testigo?
MAR. Y me condenais á este horrible espectáculo?...
CED. Temblareis á la vista de sangre, y no temiais derramar la mia?
MAR. (*con resolucion poniéndose entre ellos.*) No, no, imposible, este terrible combate no puede pasar aquí... clavad vuestras espadas en mi pecho, atravesadme antes el corazon... matadme..
ENR. No temas, Mariana; este horrible duelo no se verificará.
CED. Y quién podrá evitarlo?
ENR. Yo, que no puedo consentirlo.
CED. Tú no te batirás, miserable? Ah! yo te obligaré.

ENR. Que no me batiré, os digo: quiero morir, y salvaros. Dejadme salir.

CED. Salir tú?

ENR. Si, si, al instante.

CED. Enrique de Marsay, tu sepulcro está aquí; ya no puedes alejarte.

ENR. Pues bien, yo derribaré esta puerta.

CED. Pasarás sobre mi cuerpo.

MAR. Cedric, Cedric! en nombre de tu madre renuncia á este horroroso proyecto, déjale huir; yo te lo suplico.

CED. Quitaos, señora No lo habeis recibido en mi casa? Pues bien, aqui quedará.

MAR. En nombre de nuestra hija...

CED. (*apartándola y dirigiéndose á Marsay.*) En nombre de nuestra hija... Defiéndete, Marsay.

ENR. (*rompiendo la espada.*) No, no. Quereis un adversario, pues yo no quiero sino un verdugo. Matadme; estoy indefenso, y quiero morir aqui ó en el cadalso.

CED. Oh rabia! Pues bien, el cadalso, el cadalso para los dos, lo entiendes? Voy á denunciarme yo mismo, y subiremos juntos.

MAR. Qué dices, desgraciado? Qué espantosa idea!...

CED. Estoy resuelto...

MAR. (*en la mayor desesperacion.*) Si? Pues yo tambien, que hasta ahora he callado, hablaré si das un paso mas, si dices una palabra. Yo he ocultado á este hombre, yo soy la culpable, yo sola merezco la muerte.

CED. Y osarás revelar que has perdido á tu marido para salvar á tu amante? Ah! Silencio, desdichada, silencio; tú eres madre, tú debes vivir para tu hija, devorada por los remordimientos. Ven, sígueme...

MAR. Cedric!

CED. (*conduciéndola violentamente.*) Vamos.

ENR. Y yo... yo...

CED. Tú te esperarás aqui. Nos reuniremos en el patíbulo... no faltaré á la cita.. (*vase arrastrando á Mariana y cierra despues la puerta.*)

ESCENA XIX.

ENRIQUE, *solo.*

(*queriendo abrir la puerta.*) Cedric! Cedric! Mariana!.. Han cerrado... Me es imposible salir! Y qué he de hacer, Dios mio! Ese hombre va á declararlo todo... se va á perder... Ah! no mas sufrir. (*tomando un pedazo de espada.*) Que cuando vuelvan, solo encuentren mi cadáver. (*va á clavarse la espada por el pecho, pero en el instante se abre la puerta secreta y aparece Andreville.*)

ESCENA XX.

ANDREVILLE, ENRIQUE.

AND. Detente, desgraciado!

ENR. Andreville! Amigo mio!

AND. Si, tu amigo, tu compañero de armas, que te ha salvado de la muerte, y viene á librarte del suplicio.

ENR. No te entiendo.

AND. Ven, sígueme... yo te esplicaré...

ENR. Pero...

AND. Los momentos son preciosos..... el tiempo urje.

ENR. Van á venir á buscarme, yo debo permanecer aqui.

AND. Tu debes seguirme, te digo: lo sé todo. Ven, ven pronto, no hay un instante que perder. (*se lo lleva con violencia.*)

ESCENA XXI.

MARIANA, CEDRIC, EL REPRESENTANTE, JUAN, PUEBLO, GUARDIAS.

CED. Aqui, aqui mismo, y delante de todos es donde quiero declarar.

REP. Qué es lo que quieres declarar?

CED. No es cierto que la ley impone pena de muerte á cualquiera que sustrae á un condenado del poder de la justicia?

REP. Si.

CED Y no es cierto tambien que la ley es inexorable?

REP. Si, inexorable.

CED. Y que no esceptua á ninguno?

REP. No, á ninguno; pero por qué estas preguntas, ciudadano Cedric?

CED. Representante, hay un hombre que ha sustraido á un sentenciado del castigo que iba á sufrir; que lo ha ocultado en su casa, que lo conserva aun en ella.

REP. Y quién es ese hombre? Nómbralo.

CED. Ese hombre, soy yo.

REP. Tú?

CED. Si, si, el capitan Cedric: y me declaro culpable de haber ocultado en mi casa á Enrique de Marsay, condenado á muerte por el tribunal revolucionario; y que está aun aqui.

ESCENA XXII.

Los mismos, ANDREVILLE *por la puerta secreta.*

AND. Os engañais, capitan; Enrique de Marsay no está aqui... yo vengo á reclamar su puesto.

CED. Vos, Andreville?

AND. Si, yo mismo, porque Marsay habia salvado al hijo de Juan; porque á Marsay pertenece el cinturon que fué causa de mi perdon, y porque yo no debia permitir que á Enrique de Marsay se le condenase Vengo á libertarlo, y si el cadalso me espera, estoy pronto.

CED. Qué estais diciendo? Pues qué, Enrique?.. Ah! traicion, traicion... Andreville, habeis faltado á vuestro deber,..... Son las siete, y á las siete debiais estar en medio de la escuadra inglesa; lo jurasteis por vuestro honor; sois un infame.

AND. Capitan, yo tenia una cita mas importante, y contraida anteriormente. Pero si he tomado el lugar de Enrique, él ha tomado el mio.

MAR. Gran Dios!

CED. De Marsay?

AND. Y tranquilizaos, capitan, en cuanto al suceso. Yo le he vestido mi uniforme, le he ceñido vuestros poderes, le he comunicado vuestras disposiciones, y ha marchado enmedio de los marineros. El es valiente, y con mas instruccion y serenidad que yo para el combate: habeis ganado en el cambio. Acaso dentro de un instante...

(Se oye el estruendo de una fuerte esplosion, seguida

de tres cañonazos. Las llamas del incendio se ven por la ventana iluminar el puerto.)

Lo oisteis? Es la señal: el éxito ha coronado la empresa; la escuadra está incendiada... Capitan, he cumplido con mi deber; cumplid ahora con el vuestro. *(suena un gran tumulto y grandes gritos de viva la nacion.)*

ESCENA XXIII.

Los mismos, MIGUEL, PUEBLO.

MIG. Capitan! Capitan! Victoria: el fuego devora los navios ingleses; mirad las llamas... y aqui teneis á nuestros valientes marineros...

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, ENRIQUE, *cubierto de heridas conducido por los marineros.*

MAR. Cielos... espirando!..

AND. Enrique! Será posible?

ENR. Capitan, mi encargo está cumplido .... el fuego destruye ya los buques enemigos... Muero con gloria... por la Francia. . *(quiere esforzarse pero no puede, su voz se debilita cada vez mas.)* Ah! No puedo... *(apartándose de Andreville y dejándose caer en los brazos de Cedric.)* Capitan... voy á pare...cer... delante de Dios..... mis acentos.... son sa...grados..... Ella es inocente .. mi. . vi...da por su per...don. *(muere.)*

CED. Inocente! Ah! es la última palabra de un moribundo, debo creerla. *(tomando la mano á Mariana, con entusiasmo.)* Mariana!.... basta. *(Mariana permanece inmóbil.)* Ciudadanos, que todos los buques del puerto enarbolen bandera negra en señal de duelo... Es un valiente marino el que acaba de morir. Ciudadanos, la hora del combate ha sonado ya... Vamos á pedir cuenta á los ingleses de la sangre de nuestro compañero, y si es preciso que todos derramemos la nuestra, no vacilemos un instante: todo debe sacrificarlo un pueblo que quiere conquistar su libertad.

FIN.

Madrid, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.